

IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XIX Jornadas de Investigación VIII Encuentro de Investigadores en Psicología
del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2012.

Las dos infancias de Freud en la década de 1890. Neurología y teoría de la seducción.

Vallejo, Mauro.

Cita:

Vallejo, Mauro (2012). *Las dos infancias de Freud en la década de 1890. Neurología y teoría de la seducción. IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XIX Jornadas de Investigación VIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-072/914>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/emcu/BdV>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

LAS DOS INFANCIAS DE FREUD EN LA DÉCADA DE 1890. NEUROLOGÍA Y TEORÍA DE LA SEDUCCIÓN

Vallejo, Mauro

CONICET. Argentina

Resumen

Sigmund Freud construyó su teoría de la seducción luego de trabajar durante 10 años como neurólogo infantil. Desde 1886, el futuro creador del psicoanálisis atendió cotidianamente niños que padecían enfermedades nerviosas de distinta gravedad. Gracias a esa labor produjo diversos libros y artículos, jamás traducidos a nuestro idioma. En el momento en que comienza a dar forma a su teoría de la seducción, abandona esa práctica con niños. El objetivo del presente trabajo es revisar cuál es la naturaleza del objeto infancia en cada uno de esos terrenos de su pensamiento. Se trata de revisar, por un lado, la distancia que separa al niño de su labor neurológica del niño que comienza a ser abordado por su pensamiento sobre las psiconeurosis. Pero por otro lado, en esta comunicación intentaremos mostrar que es posible señalar continuidades y resonancias entre ambos abordajes. Para ello, trabajaremos sobre todo a partir de su extenso tratado sobre las parálisis cerebrales infantiles, de 1897, que constituyó su último aporte a la neurología infantil.

Palabras Clave

Seducción, Infancia, Freud, Neurología

Abstract

FREUD'S TWO CHILDHOODS IN THE DECADE OF 1890. NEUROLOGY AND SEDUCTION THEORY

Sigmund Freud built his seduction theory after working for 10 years as a child neurologist. Since 1886, the future creator of psychoanalysis treated children suffering from nervous disorders of varying severity. Thanks to these efforts he produced several books and articles, never translated into our language. At the moment he begins to shape his seduction theory, he abandoned this practice with children. The aim of this paper is to study the nature of the subject-children in each one of these areas of his thought. We show, on the one hand, the distance separating the child implied by his neurological work from the child constructed by his thoughts about psychoneuroses. But on the other hand, in this paper we try to show that it is possible to identify continuities and resonances between the two approaches. In order to do so, we will study his extensive treatise on infantile cerebral paralysis, written in 1897, which was his last contribution to the field of child neurology.

Key Words

Seduction, Childhood, Freud, Neurology

Es sabido que Sigmund Freud, gracias a una beca, trabajó unos meses en París junto a su venerado maestro Charcot. Lo que allí pudo observar y aprender tuvo un impacto enorme en su futura carrera en el terreno de la psicopatología. Se suele pasar por alto que durante ese mismo viaje, el médico de Viena permaneció algunas semanas en Berlín, trabajando junto a un célebre pediatra de esa ciudad, Adolf Baginsky. El motivo de su paso por la actual capital alemana era muy claro: Max Kassowitz le había ofrecido hacia poco la dirección de la sección de enfermedades nerviosas infantiles del *Erstes öffentliches Kinder-Kranken-Institut in Wien (Primer Instituto público para niños enfermos en Viena)*. Apenas regresó a su ciudad, Freud pasó a ocupar ese puesto, que mantendría hasta 1896. Durante 10 años Freud observó y atendió tres veces por semana -*ad honorem*- a niños que presentaban alteraciones neurológicas, y de esa labor extrajo los materiales para distintas publicaciones de la época (varios artículos breves y tres libros, uno en colaboración con Oskar Rie), nunca traducidas a nuestro idioma. Un psicoanalista italiano llamado Carlo Bonomi, mediante una solitaria y paciente labor plasmada en numerosos trabajos, ha realizado una valiosa reconstrucción de esos 10 años de Freud (Bonomi, 1994, 2007, 2009).

El contenido de los artículos y los libros redactados por ese Freud-neurólogo infantil parece ahuyentar toda posibilidad de buscar en ellos resonancias o entrecruzamientos con su ulterior teoría psicoanalítica. Son textos de pura y estricta neurología, redactados con el lenguaje árido y preciso que caracteriza a un saber médico que por ese entonces busca lesiones, descripciones de síntomas físicos, agrupamientos de signos, etc. Al tiempo que Freud se interesaba por la hipnosis y la sugestión, y luego por las psiconeurosis y la histeria, preparaba, cada vez con mayor desgano, esas publicaciones neurológicas que eran muy bien recibidas por sus colegas. La última de ellas, dedicada a las parálisis cerebrales infantiles y aparecida a mediados de 1897 -y de la cual luego nos ocuparemos con cierto detalle-, constituyó durante años uno de los más importantes tratados en la materia.

Pues bien, según nuestro parecer, queda aún mucho por hacer en lo atinente a esas páginas de neurología. En función de lo que hemos dicho recién, es claro que ellas parecen decir poco y nada sobre el psicoanalista, sobre el modo en que él entendía las neurosis o sobre la manera en que comenzaba a transformar su tratamiento psicoterapéutico. Así, no es en esa dirección que se podría postular que quizá no existe una absoluta desconexión entre las dos labores contemporáneas de Freud.

En esta oportunidad, proponemos dos lecturas complementarias acerca de estos problemas. Ambas lecturas parten del mismo punto: la infancia aparece en la pluma del Freud psicoanalista en el instante mismo en que se diluye el niño neurológico. De hecho, Freud trabajó como neurólogo infantil hasta 1896, siendo la aparición de

su libro de 1897 el demorado cierre de su fructífero pasaje por esa rama de la medicina. Casi en el mismo instante en que el niño real deja de estar cotidianamente bajo la mirada del neurólogo vienés, otra infancia emerge en el otro costado de su labor y su pensamiento. Una infancia ya no real, sino textual. Así, en primer lugar, intentaremos iluminar la naturaleza del objeto niño tal y como él es tematizado en la teoría de la seducción de 1896, es decir, en la teoría merced a la cual por vez primera Freud le da un rol esencial a lo infantil. Para ser precisos, recortaremos la naturaleza de ese objeto tomando en función del modo en que él se posiciona respecto del niño neurológico que Freud está dejando de lado. En segundo lugar, mostraremos que algunos de los interrogantes y procedimientos heurísticos que Freud pone en marcha en su labor como neurólogo no son ajenos a la perspectiva que Freud defiende en su estudio de las psiconeurosis.

I. La infancia textual de la teoría de la seducción

Hay dos maneras de leer la teoría de la seducción. La primera de ellas consiste en plantear que todo ya estaba allí, que simplemente Freud cometió un ligero error, al no distinguir que los recuerdos relatados por sus pacientes eran fantasías y no hechos reales. Esta primera lectura de lo ocurrido en 1896 busca en el pasado solamente las anticipaciones de lo que luego sobrevino -y por otro lado presenta flagrantes inconsistencias (Vallejo, 2011). Una segunda alternativa sugiere poner en suspenso todo conocimiento sobre el modo en que el pensamiento freudiano se desarrolló más tarde. Así, se trata de leer en las páginas de 1896 solamente lo que allí aparece. Esta última opción es la única que puede ser utilizada por la indagación histórica, que nosotros hacemos nuestra. Y es esta forma de exégesis la única capaz de echar cierta luz sobre el fenómeno que nos interesa.

Hasta octubre de 1895 la infancia no desempeñaba ninguna función especial en la explicación que Freud daba de las enfermedades neuróticas. Cada tanto pudo hacer mención, en sus cartas a Fliess y en los manuscritos que le enviaba, a accidentes sexuales infantiles en los casos de las neurosis actuales. Pero esas referencias eran marginales. Es sabido que hasta esa fecha los recuerdos en que Freud buscaba el basamento de los síntomas histéricos de la adultez, jamás se ubicaban en el período anterior a la pubertad. Ahora bien, en el tramo final de 1895 Freud percibe que un muchos casos el evento que debía hacer las veces de causa de las manifestaciones patológicas era trivial o anecdótico, y que por sí mismo no podía producir la enfermedad. Era necesario buscar en otro lado, más atrás, la verdadera causa. Y es allí donde Freud comienza a preocuparse por la infancia. Lo hace en el *Proyecto*, mediante la célebre tesis de la "supletoriedad". Esas páginas son enviadas a Fliess junto con la carta del 8 de octubre, en la cual aparece el primer enunciado de lo que unos meses más tarde cobrará forma en la teoría de la seducción (Masson, 1985). Los días 14, 21 y 28 de ese mes brinda tres conferencias sobre la histeria, donde por vez primera postula, ante sus colegas, que en toda psiconeurosis el fundamento se halla en el vivenciar sexual de la infancia (Anónimo, 1895a, 1895b).

Todo eso es cosa sabida, y no tiene sentido repetir aquí los detalles de la teoría de la seducción. Empero, hay algo sobre lo cual quizá no se ha reflexionado lo suficiente. ¿Qué características presenta el niño de esa teoría? El rasgo más llamativo es su carencia de impulsos. Quien lea los tres escritos de 1896, así como las cartas en que Freud despliega la teoría traumática, verá que Freud jamás atribuye

a ese niño algún deseo, impulso o voluntad (Freud, 1896a, 1896b, 1896c). Hasta mediados de 1897, esa criatura textual denota una superficie corporal sin envés. La niñez es el momento en que se imprimen como recuerdos inconcientes las trazas de los ataques de los adultos. Es el negativo de la familia. Ese niño "recordado" es una marioneta de papel, un cuerpo sin impulsos, casi sin fantasías, capaz a lo sumo de repetir más tarde con sus compañeritos las injurias sexuales recibidas. Esa imagen sufrirá una sorprendente modificación en el transcurso de unos pocos meses de 1897.

En síntesis, en todo este tiempo el *niño freudiano* era un ente estrictamente narrativo o textual. Era un objeto dentro de un vacilante saber que pretende ser revolucionario. Hay un fragmento del tercer escrito de la seducción que merece ser citado. Luego de observar que otros autores ya han hablado de los abusos infantiles -sigue siendo un problema por qué razón no menciona a hombres de la talla de Brouardel, Tardieu o Baginsky, cuyos libros figuraban en la biblioteca del vienés-, Freud escribe un llamativo enunciado: "No he tenido tiempo de recopilar otros testimonios bibliográficos, pero aun si estos fueran los únicos, habría derecho a esperar que, incrementada la atención hacia este tema, muy pronto se corroboraría la gran frecuencia de vivencias sexuales y quehacer sexual en la niñez" (Freud, 1896c: 206). Es cierto que Freud está algo apurado por comunicar al mundo su descubrimiento de la fuente del Nilo -y prefiere cometer evidentes descuidos en cuanto a erudición respecta, con tal de que su hallazgo de desparrame por los cuatro vientos. Aun así, es sorprendente el desinterés que muestra hacia la literatura sobre la infancia. Pero sucede que a Freud le basta con lo que ya tiene. Él ya sabe que en todos los casos de neurosis hay recuerdos inconcientes de traumatismos sexuales tempranos, que adquieren valor causal mórbido luego de la pubertad. Por el momento no le interesa saber qué sucede realmente en la infancia. En otras palabras, su marco de la seducción -en el cual se conjugan la tesis de la supletoriedad, el mecanismo de la defensa, etc.- ha generado el *objeto niño* que allí se precisa. El niño vale solamente como recuerdo. Así como su cuerpo no tiene profundidades -pues él solo vale como receptor de los abusos, y carece de impulsos propios-, él mismo no tiene otra existencia que la del recuerdo. Es doblemente un ente textual, como componente del relato de los pacientes, pero sobre todo como pieza de un saber teórico.

Freud no solamente se abstiene de sospechar estadísticas sobre pedofilia. No solamente se olvida de la frondosa literatura de medicina legal que aportaría elementos sobre cómo reconocer la veracidad de los abusos, sus rastros físicos, etc. Tampoco se toma el trabajo de enunciar su experiencia en el área de la clínica infantil. En ningún momento dice que desde hacía diez años él era un experto en problemas nerviosos de los niños. Es que existe un abismo entre esos niños de carne y hueso que él observa tres veces por semana en la clínica de Kassowitz, y el niño del que habla en sus trabajos de 1896. Recién en los inicios de 1897 Freud comienza tímidamente a anotar algunos interrogantes sobre la psicología y la fisiología infantil. El 11 de enero sus pensamientos empiezan a rondar alrededor de cosas que suceden con el cuerpo infantil: parece indicar que en la infancia el reinado del olfato determina que toda la superficie corporal, la orina y la sangre, generan excitación (Masson, 1985: 237). El 8 de febrero le pide a su amigo berlinés algunas precisiones sobre el momento en que el asco aparece en los niños. A renglón seguido, leemos: "¿Por qué no voy a la habitación de los niños y hago experimentos con Annerl [Anna]? Porque con 12 ½ h de trabajo no tengo tiempo para ello" (Masson, 1985: 246). Recién en octubre de ese año Freud comienza a preguntarse por

su propia niñez, y el día quince por primera vez se atreve a emitir un postulado sobre la mente infantil: todos los niños se enamoran de su madre (Masson, 1985: 293). Creemos que en ese momento nace otro niño en la pluma de Freud, nace esa otra infancia que terminará plasmándose en las páginas de los *Tres ensayos* de 1905. Desde finales de octubre de 1897 Freud da muestras de una curiosidad inédita sobre la infancia real, y comienza a poner sobre el papel los enunciados merced a los cuales su pensamiento alteró profundamente la imagen moderna sobre la niñez. El 27 de octubre de 1897 reconoce en la niñez un período de “ansia”, durante el cual se gestan las fantasías y se cultiva la masturbación (Masson, 1985: 296). Si octubre de 1895 marcaba el nacimiento de aquel primer *niño freudiano*, el 27 de octubre de 1897 cobra vida una nueva visión sobre la relación entre infancia y sexualidad: esta última deja de ser algo que le viene de afuera, y pasa a adueñarse de sus impulsos internos. Freud no pierde tiempo, y se apresura a llenar las visibles lagunas de su conocimiento sobre la mente infantil: el 5 de noviembre recibe un libro de James Mark Baldwin (Masson, 1985: 299). Para ser precisos, hay que recordar que ese inédito deseo de saber sobre la infancia es contemporáneo de su transformada preocupación por la sexualidad. En efecto, en ese mismo mes de noviembre -por ese entonces estaba leyendo un importante tratado de Albert Moll sobre la *Libido sexualis*- da consistencia a una tesis que lo mantendrá ocupado por mucho tiempo: el progresivo abandono, durante la infancia, de ciertas “zonas sexuales” como la boca o el ano y sus consecuencias para el mecanismo de la defensa (Masson, 1985: 301-304).

A modo de recapitulación, mi tesis es que una lectura de los trabajos neurológicos de Freud permite ayudar a captar mejor la naturaleza del pensamiento freudiano sobre la infancia. Tomemos como ejemplo su trabajo de 1893 acerca de la enuresis infantil (Freud, 1893). Desde mi punto de vista, el contenido de ese texto sirve para reflejar la imposibilidad de Freud para captar de la infancia otra cosa que su aspecto neurológico. Así como Freud, cuando en 1896 habla de las vivencias sexuales infantiles, jamás se toma el trabajo de suponer qué siente el niño, qué imagina o qué reclama, del mismo modo, cuando ve un niño real, es incapaz de percibir otra cosa que regularidades neurológicas. En las páginas de 1893, el neurólogo señala que en la mitad de los niños con enuresis se comprueba una hipertonia en las piernas. No solamente Freud no ensaya alguna explicación psicológica de la enuresis, sino que es llamativo de qué modo prescinde también de un esclarecimiento psicológico del signo motor. Freud dice: cuando se desnuda al niño y se lo apoya en la mesa, el médico toma sus pies e intenta abrir sus piernas lo máximo posible; en ese momento aparece la tensión que se manifiesta mediante una resistencia a la manipulación (Freud, 1893: 735). Pues bien, agrega el autor, es necesario hallar una explicación de esa reacción. La primera que Freud presenta es la psicológica: esa hipertonia se podría deber al temor o el pudor del niño. Y esa hipótesis es rápidamente descartada.

II. La teoría de la seducción como hallazgo etiológico

Hay otro elemento de la teoría de la seducción que es iluminado por las producciones del Freud neurólogo. Nos referimos a la definición etiológica de la patología. Tal y como mostró Codell Carter hace ya unos años, la conjetura freudiana de 1896 fue antes que nada el intento por reordenar las enfermedades nerviosas según una descripción absolutamente etiológica (Carter, 1980). En esa dirección, una lectura atenta del tratado de 1897 sobre las parálisis cerebrales nos ayuda a comprender cuán importante era para Freud esa

nueva forma de definición del terreno mórbido.

Por ejemplo, la introducción de ese libro constituye el lugar en que Freud más abiertamente manifestó con cuánto ardor él deseaba que el estudio de lo mórbido fuese presidido de una buena vez por un conocimiento certero de las causas de las enfermedades. Así, es posible trazar un seguro puente entre el afán de Freud por hallar para cada neurosis una etiología específica -afán manifestado claramente en sus primeros dos trabajos sobre las neurosis actuales (Freud, 1895a, 1895b) y desplegado en su teoría de la seducción-, y las declaraciones contenidas en esa introducción:

“El ideal al cual aspiramos para nuestro sistema nosográfico resulta ser el ordenamiento de los hechos clínicos en una jerarquía multifactorial en la cual los rangos superiores consistirían en factores etiológicos muy generales. Hoy en día, sin embargo, no podemos siquiera estimar cuán lejos estamos aún de una meta como esa” (Freud, 1897: 5)

En efecto, todo el libro de 1897 está recorrido por el lamento de Freud de no poder señalar para cada tipo de parálisis infantil una causa diferencial. Algunas formas se definen o se discriminan en función de su anatomía patológica, mientras que otras lo hacen solamente gracias a su presentación sintomática.

Por otro lado, el estudio de las parálisis infantiles puede funcionar como reverso complementario de la teoría de la seducción también por un elemento más preciso de la indagación etiológica. Nos referimos a la cuestión de la herencia. El mismo Freud muestra que a ese respecto, sus abordajes se relacionan. En efecto, en la primera ocasión en que critica los excesos que algunos autores comenten al postular que la herencia juega rol demasiado importante en esas enfermedades, remite en nota al pie a su escrito “La herencia y la etiología de las neurosis” (Freud, 1897: 43). Pero lo más importante se halla en el extenso capítulo VII, dedicado a las “Formas familiares y hereditarias”.

Es necesario recapitular un poco, y recordar cuál había sido una de las apuestas más importantes de la teoría de la seducción. Ella puede ser resumida del siguiente modo: no solamente los factores accidentales eran más poderosos que los hereditarios en la producción de las neurosis, sino que los primeros eran capaces de explicar los patrones familiares de morbilidad. Nos referimos al término de “seudoherencia” que Freud utiliza en sus escritos de 1896 y desarrolla en sus cartas a Fliess. Se trata, a nuestro entender, del término que señala la columna vertebral de la teoría de 1896, y según nuestro parecer ha sido descuidado por los lectores de la obra freudiana. Merced a ese neologismo, el creador del psicoanálisis decía que su innovación permitía explicar, independientemente de la fuerza hereditaria, el hecho de que dos hermanos presenten patologías complementarias, o que un padre y un hijo estén aquejados de anomalías nerviosas. Es decir, las enfermedades eran familiares sin por ello ser hereditarias.

Es precisamente ese enunciado el que aparece desarrollado en el capítulo séptimo del libro de 1897. Esas páginas merecerían un comentario mucho más extenso que el que podemos ofrecer aquí. Así, la mayoría de los ejemplos, tomados tanto de sus propios estudios como de la literatura de sus colegas, consisten en la aparición, entre los hermanos de la misma generación, de enfermedades neurológicas. Lo sorprendente es que en muchas ocasiones no se ofrece ningún dato sobre los ascendientes, o se señala que los mis-

mos eran sanos. Una vez más, y contradiciendo la equiparación que Freud por momentos realiza entre ambos términos, esas anomalías serían familiares mas no hereditarias. He allí lo que puede parecer una primera paradoja: un capítulo presuntamente dedicado a revisar el papel de la herencia, no hace más que hablar de las presentaciones familiares no hereditarias de las afecciones. Nos permitimos una extensa cita del final de ese capítulo: "El estudio de las formas familiares no deja de arrojar sus frutos para la comprensión de las parálisis cerebrales infantiles en su totalidad. (...) Dado que todas las afecciones hereditarias, o más bien endógenas, del sistema nervioso acontecen también de modo aislado, uno estaría tentado a considerar que la mayor parte de las afecciones cerebrales infantiles pertenecen a la categoría de las enfermedades hereditarias, es decir, endógenas. Pero uno se abstendrá de ello gracias a la siguiente consideración: por poco que aún sepamos de ellas, las formas familiares muestran un gran abigarramiento de síntomas; los casos individuales se ciñen a unos pocos y uniformes tipos clínicos. Es por lo tanto más probable que las formas de parálisis cerebral infantil que estamos considerando sean en realidad enfermedades con etiología accidental. A los fines de prevenir confusiones destacamos que "congénito" y "condicionado de manera prenatal" no deben ser idénticos a "de origen endógeno" en el sentido que hemos dado a la etiología de las formas familiares. En las parálisis cerebrales infantiles podría tratarse del efecto directo de factores accidentales, esto es, factores ajenos a la organización del sistema nervioso, a pesar de que ellos ya tuvieron lugar en el estadio intrauterino" (Freud, 1897: 284).

En conclusión, si nuestra lectura es correcta, se puede afirmar que en el estudio de las enfermedades neurológicas de la infancia, Freud puso a prueba y reforzó una tesis que también había ensayado mediante su teoría de la seducción. El énfasis en los factores accidentales, en ambos terrenos, no iba de la mano de un abandono del postulado de la prevalencia de las formas familiares de la enfermedad. Podríamos decir que una paradoja se refleja en la otra. En la teoría de la seducción, la paradoja estaba en que Freud seguía asignando a la herencia el rol de condición indispensable, al tiempo que sus dichos apuntaban en sentido contrario. En el caso del libro de 1897, la paradoja estaba antes bien en la superposición de, por un lado, el afán de hablar de formas hereditarias -que por momentos no eran discriminadas de las familiares-, y por otra, en la conclusión según la cual quizá lo accidental era lo que primaba. De ser así, ¿cómo explicar entonces la documentada aparición de las afecciones familiares? Freud no se toma el trabajo de decirlo. En sus nuevas incursiones en la psicopatología, la invención del concepto de "seudoherencia" le servía para sortear esa dificultad. Pero independientemente de ello, lo cierto es que tanto en el lenguaje de la neurología como en el reciente vocabulario de las neurosis, Freud parece decidido a poner de relieve que lo familiar y lo hereditario no son vocablos intercambiables.

Bibliografía

- Anónimo (1895a) S. Freud: Über Hysterie. Wiener klinische Rundschau, 9, 42, pp. 662 ss.; 43, pp. 769 ss.; 44, pp. 696 ss. Recogido en Sigmund Freud (1987) *Gesammelte Werke. Nachtragsband. Texte aus den Jahren 1885-1938* (pp. 328-341). Frankfurt am Main: Fischer.
- Anónimo (1895b) S. Freud: Über Hysterie. Wiener medizinische Presse, 36, 43, pp. 1638-1641; 44, pp. 1678 ss. Recogido en Sigmund Freud (1987) *Gesammelte Werke. Nachtragsband. Texte aus den Jahren 1885-1938* (pp. 342-351). Frankfurt am Main: Fischer.
- Bonomi, C. (1994) Why have we ignored Freud the 'paediatrician'? The Relevance of Freud's paediatric Training for the Origins of Psychoanalysis. En Haynal, A. & Falzeder, E. (eds.) *100 Years of Psychoanalysis: Contributions to the History of Psychoanalysis* (pp. 55-99). Número especial de *Cahiers Psychiatriques Genevois*. London: Karnac.
- Bonomi, C. (2007) Sulla soglia della psicoanalisi. Firenze: Bollati Boringhieri.
- Bonomi, C. (2009) The Relevance of Castration and Circumcision to the Origins of Psychoanalysis: 1. The medical Context. *International Journal of Psychoanalysis*, 90, 551-580.
- Carter, C. (1980) Germ Theory, Hysteria, and Freud's early Work in Psychopathology. *Medical History*, 24, 259-274.
- Freud, S. (1893) Über ein Symptom, das häufig die Enuresis nocturna der Kinder begleitet. *Neurologisches Zentralblatt*, 12, noviembre, 21, pp. 736-737.
- Freud, S. (1895a) Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de "neurosis de angustia". En *Obras Completas, Volumen III* (pp. 85-115). Buenos Aires: Amorrortu editores; 1999.
- Freud, S. (1895b) A propósito de las críticas a la «neurosis de angustia». En *Obras Completas, Volumen III* (pp. 117-138). Buenos Aires: Amorrortu editores; 1999.
- Freud, S. (1896a) La herencia y la etiología de las neurosis. En *Obras Completas, Volumen III* (pp. 139-156). Buenos Aires: Amorrortu editores; 1999.
- Freud, S. (1896b). Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa. En *Obras Completas, Volumen III* (pp. 157-184). Buenos Aires: Amorrortu editores; 1999.
- Freud, S. (1896c). La etiología de la histeria. En *Obras Completas, Volumen III* (pp. 185-218). Buenos Aires: Amorrortu editores; 1999.
- Freud, S. (1897) *Die Infantile Cerebrallähmung*. En Nothnagel, H. (ed.) *Spezielle Pathologie und Therapie*. IX. Band. II. Theil, II. Abteilung. Viena: Alfred Hölder.
- Masson, J. (1985) *Freud - Cartas a Wilhelm Fliess*. Buenos Aires: Amorrortu editores; 1994
- Vallejo, M. (2011) *Teorías hereditarias del siglo XIX y el problema de la transmisión intergeneracional. Psicoanálisis y biopolítica*. Tesis doctoral inédita. Facultad de Psicología, Universidad Nacional de La Plata.